

mordedura de dípsade llevamos en nuestro espíritu, porque los descubrimientos que debieran apaciguar nuestras ansias no hacen más que excitarlas y agrandarlas hasta lo incalculable.

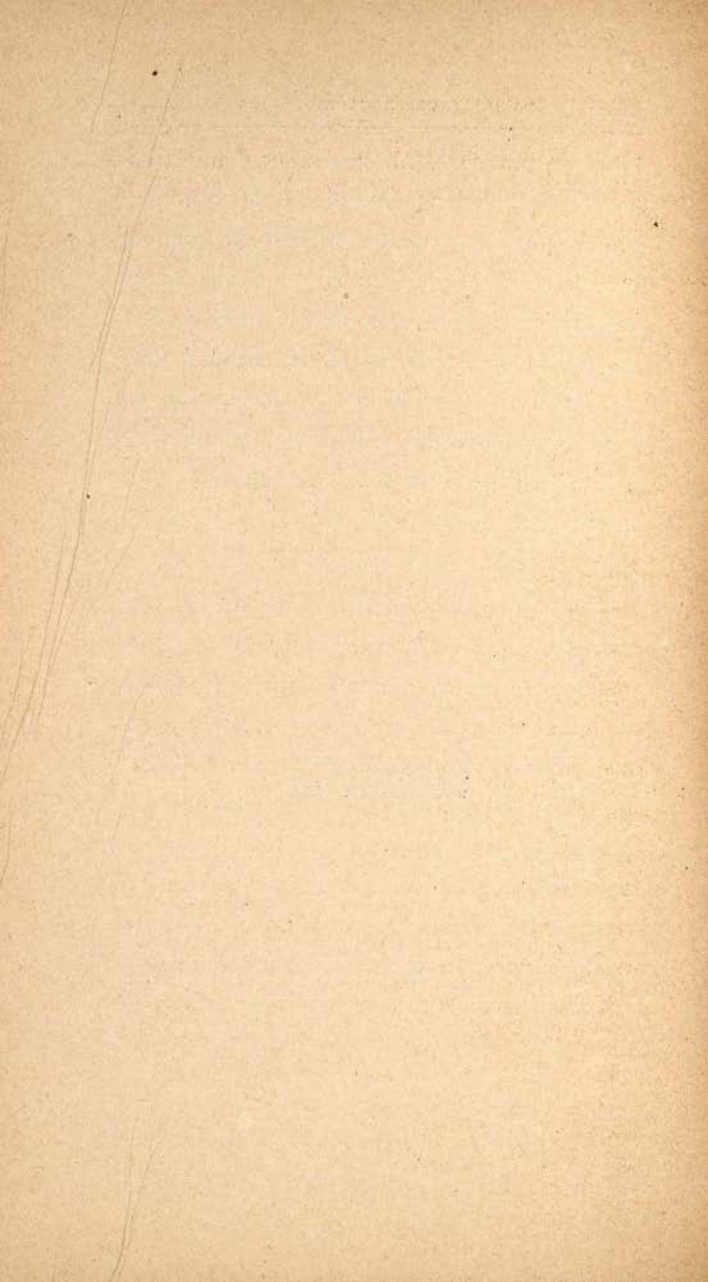
XI

Aprenderemos á querer más nuestra Medicina si la consideramos así: en las otras ciencias se desconoce adónde van y lo que el destino les reserva para el porvenir; fija la mirada en el terreno andado, gozan orgullosas con el espectáculo de lo ya adquirido: en la nuestra, por el contrario, nos es imposible detenernos á disfrutar de este cuadro, porque el dantesco infierno de humanos sufrimientos que tenemos bajo nuestra mirada nos prohíbe en absoluto reposar un solo instante. La propia odisea realizada por la Hu-

manidad para llegar á su actual civilización á través de esos campos estremecidos con la vida y la muerte de tantos pueblos heroicos, de tantas religiones veneradas, de tantas batallas reñidas, de tantos mártires sacrificados en la cruz de sus redenciones...; todo eso que tiene por extremos de la serie el hombre de las cavernas y el hombre de nuestro siglo, y que no acertaría á cantar en versos dignos de su grandeza un genio sintético de todos los Homeros, Dantes y Milton de la Historia, aun esa obra gigantesca parecería seguramente infantil empresa y conquista despreciable si hubiéramos de compararla con la que el porvenir reserva todavía al hombre. Pues bien: para que la sociedad juzgue nuestra obra y para que la juzguemos nosotros mismos con acierto, precisa que sepamos mirarla desde tales alturas; el médico que así no lo haga y no vea á través de estas meditaciones nuestras doctrinas, será un desdichado, porque ni gozará con nuestras su-

blimes grandezas, ni sufrirá con nuestras hondas tribulaciones; y quien de esto no sufra ni goce, por demás seguro es que no vive la vida de la Medicina, que no puede llamarse dignamente médico, y que al contemplar á sí propio no puede, en fin, sentir la majestuosa unción que despiertan en el alma los albos reflejos de esta purísima vestidura con que nos cubre el sacerdocio de nuestro ministerio.







LA DESPOBLACIÓN

DE ESPAÑA

I

EL estudio de la densidad de los pueblos ha sido el nervio de los afanes demográficos en los últimos Congresos internacionales de Higiene; todos los sabios han comprendido la importancia de esta cuestión, y algunos grandes Estados, como Francia, la han convertido en un problema capitalísimo para su vida. En esa concurrencia internacional, que supone el desarrollo comparativo de los grandes imperios, Francia ha reconocido con espanto que

ella, la poderosa nación que en tiempo de Luis XIV imperaba como la más vasta y más poblada de todas las monarquías europeas, pues el conjunto de su población, comparado con el de las demás grandes potencias unidas, representaba el 38 por 100 del Censo total, ha descendido en dos siglos al extremo de representar sólo un 13, habiendo visto en cambio á otros Estados, como la Rusia, la Alemania, la Gran Bretaña..., crecer, igualarla y excederla al fin; y ha proclamado, además, que esta superioridad numérica entraña una superioridad política, militar, económica, intelectual y moral muy alarmante, hasta el extremo de justificar que tras de cifras á estas manifestaciones dedicadas, exclamase con espanto el Dr. Bertillon: « Nuestra patria está amenazada de una caída irremediable, y el problema de su regeneración depende de la Demografía »; y que Rochard, otro hombre no menos eminente, señalara la necesidad de un vigoroso remedio patriótico, diciendo:

« Precisa que todo el mundo sepa que éste es un verdadero peligro social, y que no hay esfuerzo ni sacrificio que no deba realizar para conjurarlo »; explicando, en fin, todo ello cómo, respondiendo á estos y otros gritos de alarma semejantes, se entregan con ardor las Academias y Revistas á la investigación de las causas que retrasan el crecimiento demográfico de la Francia.

Andamos tan decaídos los españoles, nos abate tan profundo desaliento, que no faltarán quienes piensen que son éstas muy altas empresas para lo que demandan nuestras necesidades, y quienes olviden que antes de aquel funesto reinado de Carlos II, durante el cual se estimara á nuestra patria en tanto como al ducado de Saboya ó al electorado de Brandemburgo, y de aquel año de 1698, durante el cual los poderosos Reyes Luis XIV y Guillermo III concertaron en Loo hacer de nuestro imperio un reparto tan criminal como el que después se hizo de Polonia; que antes,

sí, habíamos tenido el imperio de Carlos V y de Felipe II, durante el cual España había aventajado en poderío á todos los pueblos y había estado á punto de someter á Francia é Inglaterra, y dentro de los severos muros del Escorial había desarrollado casi una verdadera hegemonia política que hacía estremecer de regocijo ó de temor á los soberanos todos del Mundo; y por consecuencia, que otro más próspero destino hubiera sido el nuestro si esas angustias patrióticas de la Francia las hubiéramos sentido nosotros en su día y hubiéramos perseguido y aplicado el remedio con la fe debida.

Pero no por tarde hemos de mirar con indiferencia esta materia; se ha dicho por autoridad indiscutible que un pueblo que desea vivir debe cuidar de su población, porque el día en que su desarrollo cesa de estar en relación con el de las naciones que le rodean, de ello dependen su propiedad en el presente y su existencia en el porvenir. Ocurre, por con-

secuencia, que pueblo que se retrasa, no es sólo pueblo que no adelanta, sino pueblo que degenera y muere; porque, á semejanza en cierto modo de lo que ocurre en la difusión de líquidos que teniendo densidades varias se ponen en contacto, ocurre entre los pueblos que sufren los más débiles la invasión y la conquista, pacífica unas veces, armada otras, de los más densos y poderosos, los cuales los someten siempre á la triste ley del vencido, que en los implacables códigos de la concurrencia, y así para las naciones como para los individuos, es siempre la ley de la sustitución. ¡Vese, por tanto, cuán magnífica y solemne es la tesis mantenida por el Sr. Pacheco (1) y cuán digna de ser desarrollada, no en los breves discursos de un acto pasajero, sino en los muy continuados y profundos debates de las sesiones de la Academia de Medicina!

(1) Tesis de recepción del Sr. D. Modesto G. Martínez Pacheco. — 17 de Abril de 1892.

II

Comencemos registrando algunas cifras interesantes.

Tiene España, para una superficie territorial de 504.516 kilómetros cuadrados que comprende su Península — con Canarias y Baleares — una población de hecho que, según el último Censo, el de 1887, rectificado, es de 17.560.352, lo cual representa una densidad de 34,81 habitantes por kilómetro cuadrado, y un crecimiento de 1,84 con relación al Censo de 1877, donde resultaba una población de 16.631.869 habitantes y una densidad de 32,97.

Esta densidad media actual puede decirse que es la media normal de Europa, la cual, según los cuadros de Levasseur, no pasa de 34. Y no tendríamos, por esto, motivos

para disgustarnos de una tal proporción si no observásemos la diferencia grande que hay entre los diferentes Estados, pues mientras Bélgica tiene 201 habitantes por kilómetro cuadrado, el reino unido de la Gran Bretaña 119, Italia 105, el Imperio alemán 86 y algunos de sus Estados, como Sajonia, hasta 212, Francia 72, Suiza, no obstante sus lagos, 71, en cambio los Estados inferiores tienen menos: por ejemplo, Grecia 31, Dinamarca 15, Suecia 11, Noruega 6..., lo cual coloca nuestra Nación entre las de baja categoría.

Convirtiendo nuestro examen á otras consideraciones, advertiremos que Inglaterra, sin contar ninguna anexión de territorio ni sus colonias de la India, la América, la Australia y el Cabo, se ha elevado desde 8 millones que tenía en el año 1700, á 35 millones que sumaba en 1880; Francia, sin embargo de la adhesión de cinco provincias, sólo ha doblado, ganando desde 19,5 millones en

tiempos de Luis XIV, hasta 38 millones que presenta en sus últimos Censos; el Imperio alemán asciende desde 19 millones en el año 1700, hasta 45 en el año 1800, habiendo doblado el territorio prusiano su población en poco más de ocho décadas, pues desde 13 millones y medio que tenía en 1810, se ha elevado hasta 28 millones que tiene hoy.

España ha crecido también en grado considerable, aunque menos que los demás Estados ya dichos. Según el Censo de 1787, propuesto por el Conde de Floridablanca al Rey Carlos III, tenía entonces 10.409.877 habitantes, y la villa de Madrid 147.543: en la actualidad, transcurrido un siglo, según Censo hecho en 1887, la cifra de habitantes ha crecido en 7.155.753, ó sea el 68,74 por 100, y Madrid ha llegado hasta los 470.283; mereciendo consignarse que el impulso mayor le recibió España durante la primera mitad de nuestro siglo.

Con ser estas cantidades algún tanto con-

soladoras, compárense con las de los otros Estados ya dichos, y se verá cuán lento y rezagado es nuestro desarrollo.

Pero no abusemos de las cifras: su exposición es siempre árida, y muy especialmente en esta clase de escritos, los cuales piden alguna mayor amenidad si no han de aburrir á los lectores.

Crece, pues, España, aunque no todo lo que demandan su vasto territorio y los consejos de su prosperidad y de su independencia; y ¿por qué sucede esto? ¿Qué razones hay para que otros pueblos doblen y tripliquen sus Censos en el transcurso de un siglo, y España gane en el mismo tiempo poco más de la mitad? ¿A qué causas obedece el que nuestro hispano suelo no presente aquella densidad á que le dan derecho su vieja historia y su influencia en la civilización heleno-latina? Original, interesante y profundo es el estudio á este objetivo dedicado por el Sr. Pacheco, cuya doctrina hemos de aceptar

como muy sana, sobre todo la que relaciona las condiciones geológicas de nuestra Península y la altura de su meseta central con las condiciones orgánicas de sus habitantes y su escaso crecimiento; y en verdad que si á los datos por él aducidos agregásemos que la densidad de la población varía mucho según las comarcas, y que en esta diferencia vese, por ejemplo, que de las provincias marítimas, aparecen Alicante con 76,51 habitantes por kilómetro cuadrado, Barcelona con 117, Guipúzcoa con 96,5, Málaga con 70,68, Pontevedra con 100, Vizcaya con 108, etc., mientras que de las provincias centrales tenemos á Albacete con 15,41, á Cáceres con 17,11, á Ciudad Real y Soria con menos de 15, á Cuenca con 14,10, á Guadalajara con 16,64, á Palencia con 22,39 y á Teruel con 16,32, más abundante demostración alcanzaría su tesis.

III

Tema por demás complicado y difícil nos parece este de la vida de los organismos nacionales, en punto á su origen, su crecimiento, su prosperidad, su decadencia y su muerte, para que pueda ser desarrollado con puntos de vista parciales, sean los que fueren; y así como ni siquiera la fisiología, cuanto menos la patología de los individuos, acertamos á comprender y á explicar sin tener en cuenta ese conjunto de causas modificadoras externas que constituyen lo que se llama el medio social, con más razón, cuando de la fisiología y patología de los pueblos se trata, importa conocer ese medio constituído por su civilización, sus gobiernos y sus elementos de vida, los cuales explican, mejor que otra razón alguna, por qué los

pueblos viven ó perecen, por qué prosperan ó decaen, por qué dominan ó se someten.

Un filósofo indio ha dicho que el observador colocado á la orilla de un río verá correr las diferentes porciones de la masa líquida y conocerá los detalles de ésta, pero que sólo el observador colocado en las alturas y dominando la corriente como una cinta de plata inmóvil y flexuosa puesta en medio del panorama, podrá conocer las leyes fatales de su trayectoria y el por qué de su accidental curso: pues de igual suerte estimando nosotros las enseñanzas detalladas de la Demografía como un conocimiento inmediato del por qué las generaciones cambian, consideramos el estudio de los pueblos en las grandes enseñanzas de la Historia, como esa elevación del pensador que permite conocer las leyes supremas y transcendentales por cuya causa la vida, la prosperidad, la formación y la densidad de los imperios poderosos corren de unas á otras comarcas, de unos á

otros continentes, ya fijando sus reales donde parece debieran reinar nada más la soledad y la muerte, ya huyendo de aquellas otras regiones donde creyérase que todo les aseguraba una existencia imperecedera; estudios ambos que al completarse y ser por igual indispensables, si ha de conocerse en todos sus fundamentos esta magna cuestión, revelan hasta qué punto el médico ha de ser historiador y sintético, y cómo de su parte los grandes estadistas han de sentir la unción del sacerdocio médico, pues al apostolado de vida y salud de un gran organismo nacional cooperan, y de él reciben sus magníficas enseñanzas.

Indudable, hasta el grado que pueda serlo un principio elemental é incontrovertible, es que esos poderosos agentes llamados la atmósfera y el suelo forman y caracterizan las especies orgánicas que producen y sostienen. ¿Cómo desconocer esto? ¿Cómo no recordar, según dice Drapper, que la aridez del Desier-

to abrasado por el Sol influye sobre las costumbres y los hábitos de las tribus nómadas que plantan allí sus tiendas? ¿que se debe algo del espíritu independiente y bravo de los montañeses á la naturaleza abrupta de su natal suelo? ¿que el mar engendra el carácter aventurero de los marinos? ¿y que, en fin, hasta tiene sus fundamentos la influencia moral de los climas, que ya expuso Bodin hace siglos, cuando decía que la fuerza era el patrimonio de las naciones del Norte, la razón de las del Centro y la superstición de las meridionales? Sin embargo de esto, nos parece también indudable que los pueblos contrarrestan y aun vencen, con su perseverancia y su civilización, no ya tan sólo las dificultades climatológicas que proceden de cambios realizados á lo largo de un mismo paralelo, sino hasta de cambios sufridos á lo largo de un mismo meridiano — lo cual es más importante, porque demuestra la experiencia que así como de Oriente á Occidente hay tendencia á la homo-

geneidad de raza, de Norte á Sur hay tendencia al antagonismo.

IV

Parajes, comarcas insalubres, inhospitatorias, ¿por qué? ¿por la constitución geológica de su estéril suelo? ¿por la elevación de sus montañas y de sus mesetas? ¿por lo duro de sus vientos? ¿por la persistencia de sus pantanos? ¿por el peligro de sus inundaciones y la extensión de sus marismas? ¿por la sequedad de su atmósfera y la carencia de lluvias? ¡Ah, señores! ¡Cuán peregrina cosa es ver, por demostración de experiencia, que todos estos inconvenientes, causas racionales de muerte unas veces, son otras manantial de virtudes cívicas en la constitución social y política de los pueblos, estímulos de vigor y de selección en su desarrollo antropológico,

y pretextos, en fin, de mejoramiento en esas luchas tremendas de la concurrencia vital, por las cuales subsisten los que se transforman y se adaptan, y perecen los que se debilitan y degeneran!

¿Quién habla de las montañas y de las mesetas, de las variaciones del clima y de los accidentes del suelo, cuando se recuerda la constitución geográfica de la Grecia inmortal? Pocas regiones hay en el Mundo tan ásperas y desiguales como aquel diminuto y glorioso paraje donde el Pindo, que se desprende de los Alpes Orientales y baja separando la Iliria de la Macedonia y el Epiro de la Tesalia, forma con los montes Cambunianos y el Ossa las nueve décimas partes del suelo, y crean en la Península numerosas ramificaciones que se dirigen en opuestos sentidos, se enlazan entre sí, y al reunirse aprisionan, como entre altos muros, las pequeñas llanuras, trazan desfiladeros monstruosos como el de las Termópilas, valles de salvaje

grandeza como el de Tempé, que es lugar situado en el camino de Grecia á la Macedonia, donde un puñado de hombres detiene la marcha de ejército numeroso, promoviendo, en fin, por esta configuración geológica, climas distintos en pequeñas desviaciones del suelo, con variadas especies botánicas, y separando, cual si pertenecieran á razas y pueblos muy lejanos, comarcas contiguas, lo cual explica ese sentimiento regional que mantuvo odios y luchas inextinguibles entre las ciudades griegas. Allá hay montes tan afamados como el Olimpo, el Parnaso, el Helicón, el Taigeto y el Crimanto; allá aparece el Peloponeso tal como es nuestra España, ó sea según la ha descrito el Sr. Pacheco: un cono truncado, cuya meseta central corresponde á la Arcadia y cuya cima se eleva hasta 6 y 7.000 pies sobre el nivel del mar; y por si esto no bastara, diremos que al estudiar las comarcas de aquel pueblo que dominó al Mundo se recuerda la Beocia, patria de Pín-



daró, lugar húmedo y brumoso, nada á propósito para la inspiración de inmortales odas; la Dórida, de alto y frío valle; la Etolia, con sus pueblos colgados en las pendientes de las rocas y sus naturales aislados de toda comunicación en el invierno; la Acarnania, de terreno mortalmente seco y desabrido, cuyos hijos se alimentaban con las bellotas amargas de sus robledales, y aparecían á los ojos de los contemporáneos de Pericles como un fiel reflejo de los héroes que cantara el viejo Homero; y el Atica, en fin, mucho más pobre que la Beocia y quizás por esto mismo poblada con los hijos más activos é ingeniosos de la familia helena.

¿Son los pantanos, y los envenenamientos palúdicos que de ellos emanan, la causa de la degeneración, como sucede en algunas comarcas de España? Pues allá en la antigüedad, lejos, muy lejos, y mucho antes que las civilizaciones históricas del Asia Menor, cuando se inventaban los medios sencillos de la

Agricultura y del transporte, se esbozaba el calendario, se tallaba la silícea piedra, surcaban las aguas embarcaciones rústicas, y se recogía la práctica de la siembra, ya entonces se aprendía también la desecación de los terrenos húmedos. Por eso, muchos siglos después, cuando Tarquino Prisco saneaba los campos malarios que rodeaban al Foro, acometía el drenaje que más tarde había de transformarse en la Cloaca Máxima; y de muy recientes hechos diremos: que miserables, enfermizas, asiento de una población escasa y degenerada por el miasma, eran las Landas de Gascuña, y hoy, gracias al saneamiento realizado, gozan de una riqueza forestal que vale más de 200 millones de francos, de una población próspera, de una salubridad acreditada y de un crecimiento demográfico perfectamente fisiológico, habiendo aumentado en muchos años el término medio de la vida de sus naturales; y diremos, asimismo, que pestilente era en Italia el lago

Fucino desde el tiempo de los romanos, y por su desecación, concluída en 1877, á las fiebres mortíferas ha reemplazado la explotación agrícola de millares de hectáreas, fuente de riqueza y de población.

¿Acaso son las marismas, y las depresiones geológicas expuestas á las devastadoras inundaciones? Pues de las antiguas enseñanzas acuden á nuestra memoria las inundaciones periódicas del Nilo, que comenzaban con la elevación heliaca del resplandeciente Sirio, anegaban durante cinco meses en toda su extensión el valle, y sin embargo dieron al pueblo su poderosa vida; y recordamos las inundaciones de los sagrados ríos, por las cuales la soberbia Babilonia llevó hasta 40 leguas por encima de su ciudad sus canales, depósitos, diques, esclusas y máquinas elevadoras..., haciendo de aquella comarca, según Herodoto, la más fecunda en frutos de Ceres; y las inundaciones en el valle inferior del Cefiso, que dieron á los griegos de la

Beocia su riqueza agrícola; y las del Perú, cuyas costas, como la tierra de los Faraones, pertenecían á una región sin lluvias; y las de Méjico, en igual caso y bañadas por el Océano Pacífico; siendo un hecho curioso y quizás significativo, el que espléndidas y primitivas civilizaciones como las del Egipto, el Perú y Méjico se hayan desarrollado en lugares desprovistos de lluvia.

Y si de los pueblos antiguos venimos á los modernos, ahí tenemos á esa gloriosa Holanda, de historia quizás más interesante y hasta más sublime que la de cualquiera de los afamados imperios, pues de ella puede decirse que la tierra de sus melancólicos y verdes prados la tiene amasada con la sangre de sus hijos, y apilotadas están sus viviendas con los huesos de sus héroes, quienes tan fieros aún como en sus luchas contra los tiranos y los ejércitos invasores, lo han sido siempre contra las inundaciones del líquido elemento, y para domeñarle, levantado

han, sobre artificiales lechos, ríos tan caudalosos como el Amstel, y puesto en retirada las ondas del Zuid Plas y del mar de Harlem, á quienes arrebataron millares de kilómetros de terreno que la mano del hombre transformó después en bellas y feraces praderas.

V

Pero, ¿acaso el más leído de los historiadores ingleses, Macaulay, no dice que los sitios más opulentos de la Tierra han sido los menos favorecidos por la Naturaleza? Sobre una peña estéril, por el mar rodeada, se agrupaban en vertiginosas pendientes las calles de Tiro, donde se tejían las túnicas de los sátrapas de Persia y de los tiranos de Sicilia, y de donde salía el ámbar de la Pomerania engarzado en el oro de la Lidia para adornar los cuellos de las reinas;

y eran sus almacenes los más ricos en vajillas de oro y plata, finos lienzos del Egipto, gomas aromáticas de la Arabia, marfil de la India y estaño de Bretaña —; en una desamparada orilla que las corrientes desprendidas de los Alpes empujaban hacia el Adriático, se alzaron los palacios de la rica y poderosa república de Venecia, donde se amontonaron tesoros y obras de arte sin cuento—; y antes de que su grandeza decayera, en paraje todavía más pantanoso y desolado, bajo un cielo eternamente brumoso, y sobre un suelo del cual los supremos esfuerzos del hombre desviaron hacia un lado el Rhin y al otro el Océano, se desarrollaba la que había de ser un día la ciudad más próspera de Europa, Amsterdam. ¿Y quién que haya admirado las bellezas acumuladas en aquel profundo barranco que corre al pie del castillo de la sabia y bella Edimburgo, separando la ciudad vieja de la nueva, no celebra también cómo pueden transformar las manos del hom-

bre en bello, rico y sano lo que Naturaleza hizo feo, pobre y enfermizo? ¿Y quién que medite sobre los tres reinos que componen la Gran Bretaña y conozca su historia política no explica el asombroso crecimiento de Inglaterra y Gales, el muy considerable, aunque menor, de Escocia, país poco productivo, y el quietismo de Irlanda, la verde Erín, la isla Esmeralda, como la llaman sus elegiacos poetas?

Y si esto no bastase, ¿quién al despertar en su memoria el recuerdo de aquellos pueblos semitas que, oriundos de las montañas de la Armenia, poblaron de monarquías poderosas en el Asia Occidental las comarcas que arrullan con sus cantos las olas del Mediterráneo y del mar Rojo, del golfo Pérsico y del mar Caspio, ó regaron con sus aguas las sagradas corrientes del Nilo, el Éufrates y el Tigris, y al verlas hoy en estado semi-salvaje, despobladas y míseras, no reflexiona algo acerca de las grandes causas que en-

gendran la prosperidad y la muerte de los Estados? Aun habida cuenta de los muy notables estudios hechos en los últimos tiempos acerca de las transformaciones incesantes del planeta que habitamos, y por ello del cambio que en los climas disfrutaban sus variadas regiones, y hasta que por su causa, y más concretamente por la grande elevación que han sufrido las tierras que se extienden desde los confines de la Arabia hasta las heladas bocas del Obí, comprendiendo todas las comarcas del Oriente, Palestina, Siria, Mesopotamia, Armenia, Asiria, Media..., se han producido cambios climatológicos en estos países, haciéndolos más secos que lo eran en pasados tiempos; sin embargo, por la lentitud con que tal fenómeno se cumple, y más con relación á la existencia de los pueblos, que es efímera en el rodar de los siglos, ¡cuán pequeñas causas no han de parecernos las apuntadas para por ellas explicar tan prodigiosos y rápidos efectos!

¿Qué se ha hecho de aquel Egipto de Ramses II, que esculpió en las piedras y dibujó en los papiros de sus templos los primeros cánones de la Higiene pública, de allí aprendidos por el legislador hebreo y trasladados á las mosaicas escrituras? ¿Qué se ha hecho de aquella raza vigorosa y sana de la cual dijera el viejo Isócrates, en su oración en elogio de Busiris, ser la inventora del arte médica y del suave régimen, por lo cual daba hombres más robustos y de más larga vida que cualesquiera otros?

¡Ah! Si hablara esa colosal estatua de Memnom, que ha enmudecido su canto de la alborada desde los tiempos de Septimio Severo, pero todavía sigue con su mirada quieta y misteriosa clavada en el curso del sagrado Nilo, camarada único de sus pasadas grandezas, ¡qué diría al contemplar mugientes rebaños en aquellos sus alrededores, que antes sólo pasearan poderosos soberanos y sumos sacerdotes! ¡Y qué de su so-

ledad si hablaran esas otras ruinas de los grandiosos templos de Luksor y de Ramasseum, para gloria de ejércitos victoriosos y de animadas muchedumbres construídos; y qué, si salieran de sus tumbas esas momias guardadas en los roqueros sepulcros de la cadena líbica, hasta dos leguas más allá de la soberbia Tebas, y vieran los escombros de los siglos donde antes se alzaran las metrópolis poderosas! ¡Cuán magníficas enseñanzas nos darían!

Ni sabemos tampoco lo que se ha hecho de aquellas monumentales ciudades de la Siria, cuyo recuerdo preñaba de lágrimas los ojos del profundo Volney, cuando allá en su visita á las ruinas de Palmira, luego de haber recibido hospitalidad en las chozas de unos pobres árabes, emplazadas sobre el pavimento de antiguos y soberbios templos, al tender desde una altura su vista por el panorama donde se alzó un día la majestuosa ciudad, sentía que reinaba tétrico silencio,

interrumpido sólo por el aullido de los chacales y el graznido de las aves, donde antes alborotaron el eco de las artes y el regocijo de las fiestas públicas; y veía por doquiera sepulcros, y sobre el suelo marmóreas columnas y cornisas, capiteles y basamentos que antaño formaron templos y galerías de plazas públicas, y convertidos en guaridas de fieras palacios de reyes, de reptiles inmundos altares de dioses, y solos, desiertos, iluminados melancólicamente por las puestas de un sol abrasador aquellos lugares donde en animado comercio se cambiaban antes la púrpura de Tiro por el hilo de Sérica, los tejidos de Cachemira por los tapices fastuosos de la Lidia, el ámbar del Báltico por las perlas y perfumes de la Arabia, y el oro de Ofir por el estaño de Tulea.

¿Y qué se ha hecho en la Mesopotamia de aquel poderoso imperio asentado en las fértiles llanuras del país de Senaar, formado por los aluviones del Tigris y del Éufrates, y

cuyo emplazamiento, dócil á la predicción de los profetas, no ha visto elevarse nueva ciudad sobre las ruinas de tan magníficos y admirados monumentos; qué de aquella Babilonia, tan sobresaliente en la fabricación de tejidos preciosos, de piedras talladas y de perfumes; aquella metrópoli riquísima adonde el Asia Menor y la Armenia enviaban sus productos por el Éufrates, la India y la Arabia por el golfo Pérsico, y adonde iban desde los puertos de la Siria los ricos paños, el marfil, el ébano, el sándalo, las perlas, el incienso y la canela, del Oriente, para que sirvieran de cambio á otros no menos ricos productos llevados del Occidente? ¿Qué se ha hecho, decimos, de los pueblos que prosperaron al pie del Líbano, en aquel rico suelo que los griegos llamaron la Fenicia por su espléndido verdor y sus palmeras? ¿Qué se ha hecho, sí, de Sidón y de su rival Tiro, tan célebre bajo el reinado de Hiram, el amigo de Salomón, y cuyas flotas surcaron

los mares conocidos, atravesaron el estrecho de Hércules y se lanzaron valientes al grande Océano hasta tocar en las costas de Inglaterra, fundando por doquiera colonias y ciudades, muchas hoy subsistentes, como Cádiz, descubriendo en las entrañas de la tierra los preciosos metales y lanzando á la opulencia de los reyes sus costosos mantos de púrpura? ¿Qué se ha hecho, en fin — pues no hemos de agotar pedantescamente el rico filón de tan patéticos recuerdos —, de los imperios que dieron fama á Nínive y Cartago, á Jerusalén y Samaria, y muchas, muchas ciudades que al morir traspasaron á manos de otros imperios la antorcha de la civilización, que en las suyas cobrara ya por demás resplandor y gloria?

VI

Con cuánta razón dice un ilustre filósofo moderno que la muerte de los pueblos es el espectáculo más solemne que se puede contemplar, y que los imperios no más son granos de arena en el arenal de los tiempos, que caen espontáneamente y por virtud de su propio crecimiento! ¡Quién al ver cómo los siglos llevan la vida y la prosperidad de los Estados de unos á otros continentes, de unas á otras comarcas, altas y bajas, áridas y fértiles, no recuerda esos huracanes del Desierto que cogen las arenas con sus invisibles manos, las arremolinan sobre un punto y forman una montaña, la cual dura sólo hasta tanto que nuevos vientos la deshacen dispersando por el aire sus granos de sílice, para amontonarlos después sobre el suelo de

otros horizontes? Comarcas fértiles, costas inmortales, ciudades de grandes monumentos, pueblos vigorosos y longevos, sociedades potentes..., ¿por qué os han abandonado los dioses y los héroes, y por qué ha huído de vosotros la vida cuando todo parecía brindaros una existencia perdurable?

Y sin embargo, nada más lógico: observemos lo que sucede en la India. Bajo la dominación de los Rajahs y hasta de los Mogoles y de los Mahratas, dice Rochard, este imperio se mostraba floreciente y bien cultivado; surcaban corrientes de agua y cruzaban canales de riego por sus dilatadas llanuras de aluvión, á las cuales protegían contra las inundaciones los bosques que cubrían sus montañas. Pero las guerras del siglo XVIII aniquilan á este desgraciado país, el conquistador le hace sufrir la ley del vencido, un crecimiento progresivo de los impuestos, que llega á igualar la mitad de sus rentas y se eleva en 1857 hasta 825 millones de francos,

produce el desaliento y la desesperación en los labradores que abandonan el cultivo, la exportación constante de sus productos agota el suelo, ya no se cuidan los canales, las colinas se desnudan, los bosques se talan, se desatiende aquel precepto indio que ordena á todo hombre plantar al menos un árbol en su vida, las lluvias escasean, el suelo aparece seco, ardiente, arenoso, y entonces surge el cólera terrible, invasor y tan epidémico, que después de castigar el patrio suelo, atraviesa el Asia y viene á Europa, lo cual jamás había hecho, y castiga en los europeos el crimen cometido por sus hijos contra la más vieja cuna de la civilización asiática.

Hoy que el Gobierno suyo es más dulce y bienhechor, y que, según las comunicaciones de los médicos de la India al último Congreso de Higiene en Londres, las disposiciones higiénicas y las prácticas sanitarias se van generalizando y son atendidas, de nuevo vuelven la prosperidad y la salud.

VII

Se dirá, tal vez, que mi estudio no es severamente demográfico, ni higiénico, y aun cuando pudiéramos responder que ya en otras muchas ocasiones hemos presentado detalladamente en artículos y discursos lo que deben la longevidad y la Demografía actual á una buena organización sanitaria, advertiremos que la Demografía y la Higiene no pueden ni deben sustraerse á estas reflexiones. Es más, diremos que hasta necesitan de tales enseñanzas, porque así como Sansón obtenía sus fuerzas de los cabellos, la Demografía deduce sus consejos de las comparaciones.

La Demografía es una rama importantísima de la Administración pública, de origen muy moderno. La bautizó en 1855 Aquiles

Guillard y la definió muy recientemente el laborioso Dr. Bertillon, sucesor suyo, diciendo que tiene por fin el estudio de las colectividades humanas, cómo y por qué viven y mueren, lo cual supone, á título de elementos contributivos á su objeto, el conocimiento de la geografía de los pueblos, la naturaleza y el aprovechamiento de su suelo, las razas de sus habitantes, su historia social y antropológica, base sobre la cual se alza ya el estudio de los Censos y de otras circunstancias numerosas de la población, á fin de poder adquirir una idea exacta de las condiciones de ésta y de los interesantes detalles de su desarrollo; presentando, como expresión suprema de todo, el balance de nacimientos y de inmigraciones, que son los ingresos demográficos, frente al de fallecidos y emigrados, que suponen los gastos.

De esta suerte, la Demografía ha venido á imponer en los pueblos un régimen sanitario y de crecimiento, como toda contabili-

dad impone una vida de economía y de ahorro; y ha venido á ser el comprobante, no sólo de las promesas de la Higiene, cuyos aciertos ó errores pone en evidencia al punto, sino de la influencia verdadera que ejercen todos los factores de la vida social, pues si la Economía política, por ejemplo, considera el *origen* y las oscilaciones de la riqueza pública, de su parte la Demografía, estudiando el bienestar de los habitantes, su alojamiento, nutrición y vestidos, su desarrollo moral y sus aberraciones punibles, etc., aprecia los *efectos* que produce el aprovechamiento de esa misma riqueza.

Basta tan sencilla presentación para que admitamos sin dificultad que la Demografía no ha podido constituir aún esa doctrina que ha de ser fruto legítimo de su buena aplicación, toda vez que exige un servicio de estadística muy perfecto, un tesoro de datos y enseñanzas recogidos con exactitud durante muchos años con personal idóneo y escrupu-

loso, del cual disponen todavía muy pocos pueblos, como lo atestigua, además de otras muchas pruebas, el ensayo intitulado «Estudio sobre el movimiento anual de la población de Europa durante los últimos años», presentado al Congreso Internacional de Viena de 1887 por A. N. Kiaer, Director del Servicio central de Estadística de Noruega, donde se observan errores, defectos, imperfecciones, cálculos problemáticos y convencionales...; testimonios, en fin, de que anda todavía muy en su infancia la Demografía.

Innecesario es demostrar que en España apenas si delectamos en estas enseñanzas: el último Censo estadístico publicado por el Instituto Geográfico honra á dicho centro; pero ¡cuán embrionario trabajo representa si se considera lo que ha de ser para responder á fines verdaderamente demográficos, los cuales tampoco cumplen los trabajos estadísticos de la Dirección de Beneficencia y

Sanidad! Antes que esto se desarrolle en España, antes que esas unidades fundamentales representadas por la célula informadora — llámese ciudadano, médico, subdelegado, alcalde... quien suministra á las grandes masas el dato individual ó de zona — respondan por su cultura y su lealtad al fin deseado, huyendo de engaños y de errores, ¡sabe Dios el tiempo que transcurrirá! Mientras esto no suceda, nuestro estudio será en gran parte ilusorio; y si las ocultaciones frequentísimas realizadas por los Municipios á fin de rebajar los encabezamientos contributivos, merman considerablemente las cifras de sus vecindarios, de igual modo que el egoísmo mantiene oculta una gran parte de la riqueza agrícola, tan informal y propenso á cálculos erróneos será el Censo como notoriamente lo es el Catastro; y puesto que algunos de los términos comparativos de las series demográficas son exactos, como sucede, por ejemplo, al número de

fallecidos, á la extensión del territorio..., etcétera, entonces ocurre que, como la cifra de los estados demográficos nada vale por sí y lo vale todo por la comparación con otros precedentes históricos y con los datos contemporáneos de otros pueblos, por la relación de proporcionalidad que se obtiene, le será muy fácil al demógrafo entregarse á verdaderas fantasías inservibles cuando crea hacer obra por extremo seria y trascendental. Algo de esto temo yo que suceda en España con las cifras que presentan nuestros empadronamientos y encasillan nuestros empleados, un poco más afectos, en gran número, á la holganza y al beneficio que al desempeño serio y á la estimación ilustrada de su ministerio. ¡Realmente son tales virtudes atributos de madurez y de aplomo en un pueblo, y nosotros parece que aun disfrutamos con las ligerezas de la mocedad!

VIII

Sin embargo de los inconvenientes de fondo y forma que hemos expuesto, no sólo acerca de nuestros estados demográficos, sino también acerca de los que pertenecen á los demás pueblos, hemos de consignar que en esas primeras informaciones de la doctrina se esbozan ya leyes ó principios que interesa mucho conocer. Citemos sólo uno.

Estudiando en Suecia, Francia y Prusia la relación apreciable entre los muertos, los nacimientos y los matrimonios durante un período de ochenta y dos años, desde 1801 á 1882, se ha deducido que todas las calamidades públicas que hacen la vida más cara y difícil (guerras, sequías, inundaciones...), se acompañan de aumento en la mortalidad y de disminución en los matrimonios y naci-

mientos; es decir, que cuando desaparece un cierto número de raciones en el banquete de la Naturaleza, desaparece también un cierto número de comensales; y sucede lo contrario cuando hay buenas cosechas ó una buena campaña industrial. Este principio lo expresó Guillard diciendo: «La población tiende á relacionarse proporcionalmente con las subsistencias disponibles»; y en más vulgares y plásticos términos todavía, también se ha dicho: «Donde nace un pan nace un hombre; de donde desaparece un pan desaparece un hombre.»

He aquí la ley más positiva de la densidad de las poblaciones; por eso allí donde la Agricultura está muy desarrollada, como en China, la densidad es muy fuerte; por eso las comarcas marinas y aun las ribereñas tienen mayor densidad, porque explotan dos fuentes de riqueza, la tierra y el agua, como sucede en los Países Bajos; y por eso, en fin, la tienen superior aún los parajes donde se



desarrollan grandes industrias, fuente de muchas raciones, como sucede en Bélgica. Hoy más que nunca las industrias son un poderoso elemento de población, como nos lo prueban en nuestro mismo país numerosas provincias, á su cabeza Barcelona y Vizcaya, y aun la de Huelva, que ha subido su densidad desde 20,70 que tenía en 1877 hasta 25,14 que presentaba en 1887, sin duda por el aumento de sus explotaciones mineras.

IX

Y se comprende muy bien que así ocurran los hechos, porque es la Industria varita de mago que hasta de las peñas hace brotar el oro y la vida, si á las peñas toca. He aquí una muy frecuente historia:

Allá por el fondo del barranco se precipita espumante y con estrépito el agua que

salva llanuras estériles y cañadas pedregosas, sitio maldito de donde huye el labrador, porque el suelo carece del humus vegetal que alimenta y desarrolla la semilla, y de donde huyen los pastores porque sus ganados no encuentran más que brezos y jarales; y pasan los años, y pasan los siglos sin que allí ponga el hombre su planta, ni se escuche otro ruido que el monótono rumor de la corriente ó el graznido de las hambrientas aves. Pero cierto día llega un espíritu emprendedor, remansa y eleva las aguas con una presa, endereza por cauces su marcha, y á través de pozos y de tuberías las precipita impetuosas sobre férreas paletas giratorias, las turbinas mueven un árbol, palancas, tirantes, engranajes, todo se pone en armónico juego, las desfibradoras cortan y despedazan, las piedras trituran y exprimen, los cilindros prensan, las calderas hierven, canales y depósitos se llenan de caldos y de productos químicos, mil artificiosos recursos en-

tran en actividad sabiamente dirigida por la mano del hombre para obtener la transformación de la materia, y allí se crea una fábrica de pastas, de harina, de papel, de azúcar, de cerámica, de tejidos, de cualquier cosa, y allí, en fin, el agua, alma de toda esta vida, hasta se transforma en luz eléctrica; y entonces, el humo que despiden las altas chimeneas anima los espacios, el canto del obrero y el estridor de las máquinas ahogan la voz de la corriente, se construyen viviendas, se forma una colonia, se montan establecimientos para la venta de artículos de consumo, se edifica la escuela para la enseñanza, la iglesia para el rezo, el hospital para el accidente y la enfermedad..., y de esta suerte, aquellas soledades se transforman á escape en un pueblo muy próspero —; y al fondo del barranco vuelven de nuevo algunos metros más allá las mismas aguas, y prosiguen su curso, rugientes, espumosas, no sabemos si de ira por la tortura á que las so-

metió el poder del hombre, si de regocijo por el gran destino que les cupo realizar, pero en todo caso pregonando por doquiera vayan que si la Industria toca con su varita mágica las piedras, hasta de su duro seno hará brotar el oro y la vida de un pueblo.

Y la Academia de Medicina ha tenido ocasión de ver una prueba elocuentísima de esta verdad, con motivo de la visita que hicieron muchos de sus miembros á las comarcas mineras de Huelva para averiguar si aquella atmósfera era enfermiza, si las teleras y las mantas, al proyectar y mantener, respectivamente, en el espacio las nubes de ácido sulfuroso, eran elemento de vida ó de muerte, de población ó de despoblación.

Y yo, que olvido muchas y muy buenas cosas que no quisiera olvidar, tengo muy presente, porque estudié este asunto con singular amor, aquellos soberbios cuadros de las explotaciones mineras, Tharsis, Sotiel Coronada y Ríotinto, que hubieron de parecerme

como una brillante apoteosis del trabajo humano, exhibida en el espléndido escenario de la Naturaleza.

Y recuerdo los gigantesos círculos dantescos labrados en la tierra, la cual mostraba sus estratificaciones rojas, verdes y azuladas por los fuertes colores del mineral del hierro y la caparrosa, donde miles y miles de hombres trabajaban alegres; los planos de arrastre labrados á diferentes y combinadas alturas; los acueductos, fuentes, depósitos, charcas, tanques y alcantarillas, por donde se precipitaban las cuprosas corrientes, dejando á su paso las partículas de cobre y vomitando al fin en el sucio río las marciales aguas; las muchas y elevadas chimeneas con sus gruesas bocanadas de humo; los largos trenes cargados de mineral en número de diez, veinte, treinta, corriendo todos á la vez en direcciones opuestas como si bailaran fantásticas contradanzas, y silbando con furiosa alegría al pedir agujas y anunciar su

marcha, apareciendo y desapareciendo por túneles y puentes; los muchos y grandes edificios creados para las operaciones metalúrgicas; allá en el fondo la blanca masa de nubes que surgía de la combustión de las teleras y se elevaba serena por el espacio como si fuera el monstruoso sahumero de un gigantesco incensario; cerca, muy cerca de los prismáticos hornos, los pueblos como Ríotinto, Nerva..., que habían ascendido en pocos años desde miserables aldeas á villas de ocho, de diez mil almas, y, por último, como sintetizando el espíritu que animaba todo esto, la voz del Alcalde de Nerva, de aquel próspero y rico Municipio, con magníficas escuelas, casinos, plazas, templos..., formado en poco más de un lustro, que nos decía con frase sencilla, pero con abrumadora elocuencia: «¡Aquí no hay más enfermedades que las producidas por el hambre; apaguen ustedes las teleras, y veinte mil familias perecerán!»

X

Y ¡basta ya!, porque no es el tema que nos ocupa de los que pueden agotarse en poco tiempo, ni quiero llevar más lejos el abuso de la benevolencia del lector, quien espero me otorgue su perdón, siquiera sea porque disculpa algo mi prolijidad la magnificencia de los sucesos invocados.

Voy á concluir dedicando algunos párrafos al elogio del discurso del Sr. Martínez Pacheco, y á ello acudo con verdadero agrado para celebrar su dicción castiza, propia de un sabio santanderino —; y lo ilustrado y nuevo de su desarrollo —; y aquel su discreto análisis de las causas históricas de nuestra despoblación, entre ellas las epidemias que asolaron los pueblos de Europa, y á su cabeza la más terrible de todas, la peste negra, la cual sólo en cuarenta y dos años del siglo VI

arrebató en Europa 40 millones de existencias, y contra la cual aun hoy hemos de vivir apercebidos, porque todavía en 1879 nos amenazó con una invasión, que hubiera quizás realizado, á no oponerse con fiera energía el Gobierno ruso y su delegado el General Loris de Melikoff, quien en Vetlianka, con sus eficacísimas disposiciones, libró á Europa de Dios sólo sabe cuán espantosas hecatombes —; y para celebrar aquel prolijo recuerdo de los estudios del malogrado Paul Bert, el digno sucesor de Claudio Bernard, acerca de los efectos fisiológicos del enrarecimiento del aire —; y el recuerdo de nuestras emigraciones, de estimación asaz corta, pues tengo para mí que la Historia enseña y la Lógica explica que así como los cuerpos irradian y pierden calor en proporción á sus superficies, así las naciones irradian y pierden emigrantes en proporción á sus costas, siquiera no olvide que un ilustre demógrafo moderno sostiene ser erróneas las

creencias que expusieron escritores como Montesquieu y Voltaire de que las emigraciones despueblan los Estados; y esto lo dice tan sólo porque Inglaterra y Alemania, que son los dos países que más han crecido, son emigrantes por excelencia; juicio que nos parece harto ligero, pues estimamos que se debe considerar esto de las emigraciones de los pueblos como las hemorragias en los individuos, que si pueden favorecer á los sujetos pletóricos, en cambio á los cuerpos debilitados y anémicos no sólo los aniquilan, sino que por aumentar la fluidez de la sangre y la miseria de su organismo, engendran otras nuevas y quizás mortales pérdidas del precioso líquido.

Pero ninguno de estos bellos atributos de su discurso merece tanto aplauso como la razón fundamental en que está inspirado, bien como nacida de un elevado sentimiento de la patria y de un noble deseo de servirla.

Y nosotros podemos y hasta debemos señalar nuestros defectos de raza y de historia social, para ver de remediarlos; pero, con ellos ó sin ellos, hemos de aplicar todos los esfuerzos posibles al mejoramiento de la patria y á su adoración sin límites, siendo esto hoy más necesario que nunca, porque ahora se propagan doctrinas disolventes jamás conocidas, y ahora se oyen de labios de grandes estadistas, cuyas predicaciones recogen millares de españoles, tendencias tan mortíferas como aquella de que es mezquino y antihumanitario el concepto de la patria; como si ahora ni nunca la doctrina utópica de un cosmopolitismo, generosamente profesado por todos los pueblos, autorizase á ninguno á predicar contra la más sublime y santa de las adoraciones sociales; del propio modo que la idea de un altruísmo evangélico y de una familia universal á nadie autorizan al desprecio de su propia madre y al derroche de su caro patrimonio.

Y puesto que no podemos ni debemos cambiar de patria, como no podemos ni debemos cambiar de madre, hay que adorar la nuestra, y cantar sus bellezas y sus glorias, á más y mejor si unas y otras son como las de esta Península, la cual aparece á nuestra imaginación como un soberbio monumento cónico truncado, cuya meseta central coronan las doradas mieses de los campos de Castilla, cuyas vertientes alfombran los ricos viñedos de nuestras vinícolas regiones, y cuyo basamento es ese jardín de vistosas flores y de exquisitos frutos llamado el litoral, á quien orlan con encajes de espuma y arrullan con dulce murmurio las inquietas olas de tres mares.

Yo recuerdo que hace años, cuando visitaba los hermosos lagos de Escocia en compañía de un ilustrado español, más amante de Inglaterra que de su nación, discutíamos sobre este punto, y yo, mal ó bien, le decía con algún calor:

— Hay que adorar mucho las bellezas y

el progreso de los pueblos todos, y por eso debemos recorrer Europa; pero hay que adorar en primer término las bellezas y los recuerdos de la patria nuestra, y por eso debemos conocer España; y de este modo, visitando una y otra, podremos decir: Son muy bellos estos lagos Lomong y Katrine, cuya poesía ha redoblado con sus leyendas Walter Scott; y son muy interesantes estas Highlands ó montañas, cuyos clanes, de airosa vestidura con sus pintorescos *plaids* y rayados tartanes, y sus luchas de tribu hasta hace dos siglos mantenidas, ha popularizado el profundo Macaulay; y son ideales lagos como los de Stamberg en Austria, de Lucerna y de Ginebra en Suiza, de Como y Mayor en Italia, con sus riberas montañosas y embosquecidas, y los pueblos asomándose por ellas para mirarse en el espejo de sus cristalinas aguas; y son encantadores los ríos como el Danubio, con sus diminutas islas en el centro de la corriente situadas, simulando barcazas

con jardines y arboledas que navegaran en dirección al mar Negro, y como el Rhin, con sus márgenes salpicadas de bizarros castillos y sus colinas cubiertas de viñedos; y golfos como el de Génova, y bahías como la de Nápoles; — pero ¡ay! que más hermosas son á nuestros ojos aquellas rías de Asturias y de Pontevedra con sus márgenes sombreadas de frondosos castaños y nogales; aquel extenso y glorioso lago Mediterráneo, surcado por mil naves, y en cuyas azules ondas se miran todas las ciudades de Levante y de ellas reciben el templado soplo de sus iodadas brisas; y aquellos seductores panoramas como la bahía de Barcelona vista desde el Tibidabo, ó la de Cádiz desde sus blanquísimas azoteas contemplada.

Y son, en verdad, de paradisiaca belleza la florentina vega que pasearon los sublimes genios del Renacimiento, iniciado en la ciudad del Arno; las praderas holandesas, con su canal y su molino y sus mansotas

vacas acostadas sobre la hierba; los frondosos y regios parques de Windsor, en Inglaterra, y de Postdam, en Prusia, y las cañadas que desaguan sus arroyos en las costas del golfo de Lyon... —; pero con ellas rivalizan dignamente nuestras vegas imponderables, como la de Granada con sus tradiciones árabes, y la de Valencia con la cooperación de sus hijos al general renacimiento; y aquellos ricos prados de Asturias y Santander, con sus riachuelos, sus vacas y sus pintorescos caseríos; y aquellos parques de Aranjuez con sus arboledas sin rival; y aquellas dilatadas y tibias huertas y vegas de Orihuela y de Gandía, esmaltadas de pueblecitos que á Damasco y Bagdad dieran envidia, donde los naranjos azotan con sus ramas las ventanillas de los trenes, perfumando con sus flores de azahar el rostro de los viajeros, y donde las palmeras destacan sobre límpido cielo sus gallardas copas.

Grandiosas son ¡cómo negarlo! la basílica de San Pedro con sus gigantescas y admi-

rables proporciones, la catedral de Milán con sus cuatro mil estatuas y su bosque de agujas góticas labradas en níveo mármol, y la abadía de Westminster con sus bóvedas de lapídeo encaje y sus venerandas sepulturas de los grandes genios que, con serlo de Inglaterra, lo fueron de la Humanidad, y Nuestra Señora de París con su gloriosa vieja historia, sus recuerdos de Víctor Hugo, y sus muros y portadas como el ébano bruñido por la mano de los siglos; — pero son más hermosas nuestras catedrales de Toledo y de Sevilla porque promueven en el grado que ninguna otra la santa unción de la plegaría, nuestras catedrales de León y de Burgos porque extasían el ánimo con sus primores de arquitectónico estilo, nuestras catedrales de Oviedo y de Santiago porque cautivan el alma con el majestuoso recuerdo de sus santas tradiciones, y lo son, en fin, nuestras basílicas y templos románicos porque ellos lucen sin rivales en el Mundo.

Y si son gloriosos el suelo inglés por sus luchas á favor de la Constitución y de los fueros parlamentarios, el suelo francés por sus trágicas convulsiones á favor de la democracia, el suelo italiano por las ruinas de sus monumentos y los recuerdos de sus iniciativas jurídicas, y el suelo heleno porque allí florecieron las Ciencias, la Filosofía y las Bellas Artes—, ¡qué decir de nuestro hispano suelo, donde no parece sino que en él se retaron á descomunal combate los pueblos y las civilizaciones que se han disputado la hegemonía del Mundo! ; porque á él vinieron las flotas fenicias y griegas para someter á los iberos y establecer sus colonias; y vinieron después los cartagineses, que representaban el Africa, para domeñar á los fenicios, que representaban ya los expirantes imperios del Asia occidental; y vinieron los germanos para subyugar la dominación romana, y luego los árabes para llevar á los godos en precipitada huída desde el Guadalete hasta las inaccesi-

bles asperezas de los montes cántabros; y aquí, en fin, vió pocos años ha comenzar su eclipse aquel genio militar que, cual otro Briareo, había cogido el Mundo entre sus manos y había repartido sus monarquías á capricho; y por esto á la constitución de nuestra raza y de nuestros tipos nacionales contribuyeron los que habían florecido á la sombra de la gran cordillera del Atlas, los que, fondeando sus flotas en el Pireo y el mar Jónico, habían desafiado las tempestades del Océano y el Ponto Euxino, los que arrojaron de sus lares las inundaciones del mar Báltico y los que tostaron sus pieles en los cálidos desiertos de la Arabia; y por esto á la formación de nuestra lengua, de riquísima y envidiada onomatopeya, han concurrido: el griego con la jugosa sonoridad de un idioma de perfectísima estructura gramatical, que hubo de templar su música en el diapasón de la lira y el caramillo y en el de las rítmicas oleadas del mar Egeo; el latín con la majes-

tad de un idioma que hubo de templarse en la solemne oratoria del Foro y en los rotundos apóstrofes del más soberano de los pueblos; el árabe con la flexibilidad del idioma más rico y caballeresco, más sensual y bizarro de todos, cuyas serenatas amatorias, cantadas en pensiles de flores y arrayanes, á la sombra de limoneros y sicomoros, se templaban en los suspiros de las guzlas y en la cadencia hipnótica de las fuentes que vertían sus hilos de agua sobre tazas de mármol; y el gótico, y el vascuence, y el italiano, todos los cuales nos han dado voces, notas, riqueza fonética que hemos recogido y aclimatado hasta formar una lengua nacional, donde lo mismo encuentra el pobre lugareño apasionados acentos para cantar sus amores, como el orador sublimes tonos con que elevar á la más grandiosa elocuencia de los siglos el canto épico de la civilización y de la libertad.

Y así como es nuestro suelo mosaico de

razas y de sonido, lo es de climas, rivalizando con aquel de Grecia, y lo es de costumbres, de pintorescos vestidos, de sentidísimas baladas y de heroicas leyendas; y por esto, si el afortunado suelo heleno tenía árboles resinosos en el Pindo, dátiles en la Mesenia, bosques de naranjos y limoneros en las costas de la Argólida, en nuestra España sangran los hijos de sus comarcas centrales los resinosos pinos de sus cordilleras; cultiva el celta en sus comarcas del Septentrión los campos de maíz y varea los bosques de castaños y nogales; cuida el árabe de las levantinas costas la red de sus moriscas acequias, cosecha el arroz y descansa á las sombras de sus huertos de naranjos y de almendros, de algarrobos y palmeras; canta el heleno en la hermosa Bética su inspirada poesía, explota la metalurgia en que le iniciaron los fenicios, recorre las dehesas donde triscan las yeguas de finos corceles, elabora los ricos vinos donde se entraña el sol radiante de sus

latitudes, cerca sus heredades con el nopal africano, puebla sus cortijos con el verde olivo y el granado de fuego, y embellece sus jardines con el laurel y el mirto de la Tesalia; mientras allá en el Norte los vascos españoles, de la raya euskara venidos, fermentan en los toneles los mostos exprimidos de sus pomaradas, luchan bravíos con el mar Cantábrico para arrebatarle del seno la sabrosa pesca, y con el suelo para extraer de sus entrañas las marciales tierras, y rinden culto, en fin, á sus fueros cantando en inspiradísimos zortzicos el amor inextinguible de la libertad (1).

Y digámoslo de una vez: ya que en los

(1) Riquísima variedad ésta, ya muy de antiguo ponderada, y más tarde en aquella divina prosa que jamás nos cansaríamos de repetir porque jamás nos cansaremos de saborear, donde Cervantes pinta las huestes españolas apercebidas á la lucha que D. Quijote viera, diciendo de ellas: « En estotro escuadrón vienen los que beben las cristalinas corrientes del olivífero Betis; los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo; los que pisan los tartesios campos de pastos abun-

límites del tiempo no nos faltan timbres, ni en los del espacio bellezas que oponer á los de otros Estados, ¿qué nos falta, pues? Lo sabemos muy bien: paz, gobierno y administración. Todo nos lo ha dado la Naturaleza; todo, hasta las más tristes y amargas enseñanzas nos ha legado la Historia; sólo falta que sepamos explotar tan ricos dones.

Decía Rochard en el Congreso Internacional del Haya: « Desde hace veinte años, Europa mantiene bajo su bandera tres millones de hombres, que suponen un gasto anual de 3.000 millones de francos: pues bien; que el presupuesto de la muerte dé alguna limosna al presupuesto de la vida, y ésta se lo devolverá centuplicado el día de la lucha. »

dantes; los que se alegran en los Elíseos jerezanos prados; los manchegos ricos y coronados de rubias espigas; los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda; los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente; los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso; los que tiemblan con el frío del silboso Pirineo y con los blancos copos del levantado Apenino.»

Igual decimos nosotros: que el presupuesto de Guerra y Marina, para el año venidero estimado en cerca de 180 millones de pesetas, dé alguna limosna al de Fomento, que es sólo de 76, y entonces veremos cómo prosperan nuestras industrias muertas y nuestra agricultura desatendida; y entonces seguramente crecerá en densidad la población de nuestras altas mesetas, porque el enrarecimiento económico es tanto ó más fatal para los pueblos como el del aire para los individuos. No importaría, luego de esto, que hubiésemos perdido para siempre aquellos galeones cargados de barras de Méjico y del Perú que entraban á toda vela en el puerto hoy desamparado de Cádiz, y que tan de menos echaba Cormenin, ni aquellas nuestras ricas industrias de paños de Segovia, ó de armas blancas que llenaban el Mundo de hojas de fino y pulido acero templadas en las aguas del Tajo, ni que hubiera decaído nuestra riqueza pecuaria..., porque todo reapare-

cería y de nuevo volveríamos á los pasados esplendores.

¡Levantemos, pues, nuestro corazón en alas de risueñas esperanzas! Si en un siglo hemos crecido sólo 7 millones de habitantes, podemos afirmar que por la extensión de nuestro territorio, por la riqueza del suelo y el subsuelo, por nuestros ríos numerosos y asaz desatendidos, por nuestros mares inagotables, España encierra en *estado virtual* una nación de 40 millones de habitantes. ¡Pues bien! A la palabra de nuestros oradores, á la pluma de nuestros literatos, al estudio y consejo de nuestros sabios, á las iniciativas de nuestros capitalistas y á la sana administración de nuestros Gobiernos corresponde desarrollarla y hacerla *potencial*, no ya inventando nuevas maravillas, hoy innecesarias, sino tan sólo repitiendo lo mismo que han hecho las demás naciones para llegar hasta donde se encuentran.

¡Ah! Si así lo hiciéramos, daríamos prue-

bas de ser buenos españoles, y al levantar la cabeza para mirar ese cielo luminoso, esa atmósfera transparente y ese espacio cuajado de estrellas que debemos á la Naturaleza, quizá demasiado pródiga en España, y al sentir en el rostro la brisa perfumada con los aromas de nuestros campos y con la frescura de nuestros mares, donde por aquello de que todo es correlativo en la vida y en una molécula de éter se condensan las tribulaciones de la Historia y las grandezas del Espacio, parece que en ella se sintetiza el espíritu de nuestra Nación, entonces y sólo entonces podríamos decir con legítimo orgullo que recibíamos en nuestra frente el beso dulce y sacrosanto de la Patria agradecida.





INDICE DE MATERIAS

	<u>Páginas.</u>
Al Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.	v
La alimentación de los pueblos..	1
El alcoholismo.	61
El arte médica.	155
La doctrina bacteriológica..	185
La despoblación de España.	225



Biblioteca Regional de Madrid



1007897

13900



1007897

Punto de venta: Administración de EL SIGLO
MÉDICO, Magdalena, 36, 2.º izquierda.

TRABAJOS DEL AUTOR

EN VENTA

	Pesetas.
<i>Bosquejos médico-sociales</i>	3
<i>Una expedición á las cuevas de Artá</i>	0,75
<i>Estrangulación interna</i>	3
<i>Oftalmías de los Asilos provinciales</i>	1
<i>Estudios médicos</i> (colección de monografías)	2
<i>Hojas clínicas</i> (una docena)	1,50
<i>La Medicina y los médicos</i>	4
<i>París</i> (viaje médico instructivo)	3
<i>Las calcinaciones de Huelva</i> (dos folletos)	4
<i>Evolución histórica de la Patología</i>	1
<i>Las inoculaciones anticoléricas del Dr. Ferrán</i>	1

AGOTADAS

Apuntes sobre el estado actual de la Medicina en Portugal y España. — *Reseña del Museo antropológico del Dr. Velasco.* — *Colección de discursos académicos.* — *Importancia del microscopio en Medicina.* — *El paludismo en Madrid.* — *Un buen tratamiento del hidrocele.* — *Lactancia paterna.* — *De Carabanchel al Paraíso* (estudios manicomiales). — *Sobre el carbunco.* — *Locos delincuentes.* — *Expedición á los balnearios del Norte.* — *Los Manicomios de San Baudilio y de Ciempozuelos.* — *Reformas en los servicios de los Hospitales provinciales.* — *La ovariectomía en España.*

EN PRENSA

	Pesetas.
<i>Plumazos de un viajero</i> (primer tomo: Holanda, Alemania, Austria y Hungría)	3
<i>Cartas sobre la Medicina</i>	"



